



Cambios en EEUU y tensión bélica en Gaza

Demetrio Boersner*

EL PRESIDENTE OBAMA: DESAFÍOS Y AGENDA

La elección de Obama a la presidencia de los Estados Unidos en el pasado mes de noviembre constituyó una demostración de los profundos cambios ocurridos en la sociedad y cultura norteamericanas en el transcurso de medio siglo. Antes de 1960, en Estados Unidos se mantenía un racismo aberrante. En los estados del sur, la segregación y discriminación eran oficiales e institucionalizadas. En los del norte, no había discriminación oficial, pero el espíritu racista existía y se manifestaba de maneras sutiles.

En la década de los sesenta vino el gran cambio. Por una parte, la economía en rápida expansión y renovación tecnológica requería una fuerza de trabajo más numerosa a la vez que mejor capacitada y sofisticada. Ya no se podía dejar afuera a los negros; se necesitaban sus brazos y sus cerebros en la producción. Al mismo tiempo, la población estaba hastiada del conservatismo represivo de la década anterior y un viento liberal y progresista comenzó a soplar por el país. John Kennedy y sus hermanos surgieron como intérpretes y líderes de esta nueva corriente de idealismo democrático y bajo su amparo ganaron fuerza Martin Luther King y los demás admirables dirigentes negros del Movimiento de Derechos Civiles, que rápidamente se agigantó. El sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson, se mostró progresista en su política interna. Su proyecto de "Gran Sociedad" incorporó a millones de excluidos –sobre todo negros y de otras minorías étnicas– a la plenitud de la vida contemporánea y le abrió el camino de la clase media al proletariado. Bajo el impacto de las presiones democráticas desde abajo y de enérgicas medidas del gobierno federal para imponer y garantizar la igualdad racial, se puso en marcha una auténtica mutación de patrones culturales. Hubo un notable ascenso social afroamericano y el sentimiento racista disminuyó rápidamente.

En términos más inmediatos el ascenso de Obama se explica por el hecho de que su carisma personal y su trayectoria democrática y pro-

El año 2009 se inició con la toma de posesión de un nuevo presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, quien encarna y refleja el anhelo del pueblo norteamericano de cambiar y renovar los valores y las conductas de su país, ante una situación de grave crisis económica, social y política de dimensión universal. La economía mundial se encuentra en profunda recesión, a la vez que se agudiza la tensión política y la violencia, sobre todo en el área geográfica que se extiende desde el norte de África hasta el sureste asiático, y que abarca la mayor parte del mundo islámico y de las reservas energéticas globales. En esa región se tornó particularmente preocupante el conflicto armado surgido en Gaza entre el ejército de Israel y un sector de la nación árabe palestina: conflicto que, entre sus diversos efectos, tuvo el de provocar insólitas reacciones en Venezuela.

gresista en el senado lo convirtieron en vocero y dirigente idóneo de un vasto movimiento de protesta ciudadana contra la política exterior e interna del presidente Bush. La unidad patriótica de todos los norteamericanos a raíz de la agresión terrorista del 11 de septiembre de 2001 duró relativamente poco, y en grado creciente se le criticó a Bush su cuestionable, costosa y sangrienta intervención en Irak, basada en una mendaz exageración de la amenaza que ese país representaba. Se rechazaban igualmente las violaciones de derechos humanos y cívicos autorizadas por la Casa Blanca en la lucha contra el terrorismo, y se denunciaba el ambiente de corrupción perceptible en círculos cercanos a la Vicepresidencia. Además, en la última etapa de la era de Bush, la mayoría de la población llegó a censurar su política fiscal y económica, encaminada a favorecer los grandes intereses privilegiados en detrimento de los pobres, los trabajadores y las capas medias. Asimismo, se indignaba por la incompetencia y la negligencia humanitaria del gobierno federal ante situaciones de emergencia, como la que causó el huracán Katrina.

Los desafíos que enfrenta el presidente Barack Obama son muy grandes y urgentes, y por ello dedicó el período de transición a una intensa labor preparatoria. Por la gravedad de los problemas por resolver, adoptó una posición política centrista y constituyó un gabinete y un cuerpo de asesores integrados no sólo por militantes y simpatizantes demócratas sino también por algunos miembros de la tolda republicana. La primera prioridad del nuevo gobernante es la lucha contra la recesión y el desempleo, y en ese ámbito ha preparado un plan de acción muy completo, que comprende la inyección de un billón (millón de millones) de dólares del Estado a los sectores privado y público de la economía para estimular la producción y la creación de puestos de trabajo. El proyecto económico de Obama también incluye mecanismos de supervisión y regulación del sector financiero, así como medidas tendientes a una mayor equidad tributaria.

La política exterior de Obama es dirigida oficialmente por la señora Hillary Clinton, excelentemente preparada para ese cargo, pero se supone que también influirán las opiniones del vicepresidente Joseph Biden, del ex presidente Bill Clinton y, en menor grado, las de los ex cancilleres Colin Powell y Condoleezza Rice. Los problemas exteriores más serios que Obama y Clinton enfrentan son los del área geoestratégica del Medio Oriente Ampliado, es decir, del mundo principalmente islámico que se extiende de Mauritania y del Cuerno de África hasta más allá de Pakistán, y que contiene las mayores reservas energéticas del globo. El Presidente tomará en cuenta las opiniones del general Pe-

traeus, procónsul militar de Estados Unidos en esa vasta región.

Ante el mundo en su totalidad, Obama y Clinton anhelan mejorar la imagen de Estados Unidos a través de un liderazgo basado en la concertación multilateral más bien que decisiones unilaterales inconsultas. Obama desearía normalizar las relaciones con Irán, con Venezuela y con Cuba, sin excluir eventuales contactos personales con sus respectivos gobernantes. Ha prometido, en principio, prestar mayor atención que su predecesor a la América Latina y, en lo posible, cooperar con sus proyectos de desarrollo.

CONFLICTO DE GAZA: ISRAEL, PALESTINA Y EL MUNDO MUSULMÁN

El sangriento conflicto de Gaza fue provocado, evidentemente, por el movimiento nacional-islamista palestino Hamás, que controlaba la Franja de Gaza, se niega a reconocer la legitimidad de Israel como Estado y se considera en guerra contra él. Desoyendo las exhortaciones del legítimo presidente palestino Mahmud Abbás y de su partido al-Fatah, así como de todas las voces razonables y moderadas del mundo árabe y musulmán, Hamás reanudó hace meses sus ataques con misiles contra el territorio israelí, dando muerte a decenas de personas, destruyendo inmuebles y causando un clima de zozobra. Era normal que el Estado judío reaccionara con el empleo de la fuerza, pero la opinión mundial predominante considera que en su réplica armada se le pasó la mano. Más de un millar de palestinos pereció en los bombardeos aéreos y la subsiguiente invasión terrestre realizada por las fuerzas armadas de Israel. Al parecer, la mayoría de las víctimas eran combatientes de Hamás, pero también hubo un alto porcentaje de civiles inocentes, incluidos niños cuyas fotos post-mortem estremecieron a muchos buenos corazones.

Algunos comentaristas se indignaron porque la brutal operación militar israelí obedeció en parte a consideraciones de política interna del país. En el Israel actual, la derecha es fuerte y se encuentra en ascenso el Partido Conservador (Likud) liderado por Bibí Netanyahu, vocero de un ultranacionalismo intransigente y chovinista. Bibí acusó al actual gobierno de centroizquierda de blandura o cobardía ante las agresiones de Hamás, y por ello Olmert y Livni, con la aprobación de Peres, consideraron indispensable lanzar una dura ofensiva militar para así quitarle espacio político a la derecha. Se disculpan de su matanza de mil palestinos con el argumento de que Bibí, de llegar al poder, mataría a un número diez o veinte veces superior.

La ONU tardó en intervenir, en vista de que Estados Unidos, con poder de veto en el Consejo de Seguridad, apoyó a Israel, bloqueando

propuestas de tregua incondicional no correspondida por el cese de los ataques de Hamás. Finalmente sobrevino una tregua, pero quedó evidente que una reanudación del proceso de paz entre Israel y los palestinos requerirá la actuación de un mediador igualmente respetado por ambos bandos. En la actual coyuntura histórica, ese mediador no puede ser otro que Estados Unidos, y la señora Clinton está consciente de ello.

Por el actual deterioro universal de la memoria histórica, pocas personas recuerdan que la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel en 1947-48 por decisión de las Naciones Unidas fue promovida inicialmente por la izquierda mundial, en tanto que la derecha respaldaba la posición del bando árabe. Los judíos, víctimas y enemigos emblemáticos del fascismo, contaban con la simpatía y solidaridad tanto del comunismo como de la socialdemocracia internacional, y la Haganah, ejército pre-independiente de Israel, recibía armamento y apoyo checo y soviético. En cambio los árabes —que en esa época tenían un liderazgo oligarca y reaccionario que durante la guerra había simpatizado con los nazis— eran apoyados por los sectores más conservadores del Occidente y, sobre todo, por el conjunto de empresas petroleras transnacionales, temerosas de que los judíos comunistas les iban a estropear sus negocios con los reyes, emires y jeques árabes. Pero finalmente, pese a presiones de asesores derechistas, el democrático presidente Truman tomó la decisión de que Estados Unidos aprobase la propuesta de partición de Palestina y creación de un Estado judío.

Durante los primeros años de su existencia independiente, Israel siguió siendo considerado como un país de izquierda y muchos pueblos del Tercer Mundo —sobre todo los de África Subsahariana— lo miraban como amigo y aliado. Su cultura política interna estaba dominada por los íconos del kibbutz y del socialismo democrático.

Esa situación cambió a partir de 1956 cuando Israel aceptó aliarse a dos potencias imperialistas, Inglaterra y Francia, en una intervención militar contra Egipto, cuyo gobierno nacional-revolucionario, dirigido por Nasser, había nacionalizado el Canal de Suez. A partir de ese momento se trastocaron las alianzas. La Unión Soviética se convirtió en firme aliada del nacionalismo árabe por su orientación antioccidental, en tanto que Estados Unidos se acercó a Israel. La Guerra de los Seis Días de 1967, en la que Israel demostró su extraordinaria capacidad combativa, hizo que definitivamente Washington decidiese establecer una estrecha y casi incondicional alianza con Israel, considerándola como su más confiable aliada en el teatro mesoriental de la Guerra Fría.

Esta estrecha alianza continuó luego de que la Guerra Fría había terminado. En gran parte, ello se debe a la indudable influencia en Washington de un lobby pro-Israel muy eficaz, integrado mayormente por judíos pero también por algunas personalidades y grupos cristianos. En el seno de ese lobby predominan tendencias conservadoras que, además de asegurar el apoyo norteamericano, ejercen influencias políticas a favor de la derecha israelí y de una línea dura hacia los palestinos.

Deseable sería que en el seno del propio Israel —con apoyo moral de los grandes sectores progresistas y humanistas del pueblo judío en el mundo entero— surgiesen nuevas y poderosas corrientes a favor de la paz con el pueblo palestino y el mundo árabe y musulmán. El uso de las armas en Gaza no resolverá el conflicto fundamental, sino más bien causará mayor amargura e intransigencia palestinas y dará aliento al islamismo extremista en lugar de debilitarlo. Una nueva política de mano tendida —pese a todos los obstáculos y sinsabores iniciales— pareciera ser la salida recomendable para un Israel que todavía es el país más fuerte, pero que para conservar su esencia democrática y humanista está obligado a buscar el camino de una conciliación, realista pero efectiva. Barack Obama y Hillary Clinton podrían prestar ayuda valiosa.

En cambio lo más contraproducente y negativo para todos los pueblos del gran Medio Oriente son las políticas de respaldo incondicional, agresivo y vociferante a uno de los dos bandos en contra del otro. El mandatario venezolano Hugo Chávez, al actuar de ese modo (gratuita y locamente) perjudica la causa de la necesaria e indispensable paz en el Medio Oriente y ofende no sólo a Israel sino a la inmensa mayoría de árabes moderados, a la vez que perturba peligrosamente la convivencia pacífica y mutuamente respetuosa que hasta ahora siempre ha existido entre las comunidades de venezolanos de origen árabe y de origen judío

* Miembro del Consejo de Redacción.